

Aproximación epistemológica de la conciencia en psicología: una perspectiva comportamental

Edgar Salgado García (*)

Universidad Latinoamericana de Ciencia y Tecnología

San José, Costa Rica

Resumen. Este ensayo presenta un panorama general acerca del estudio de la conciencia y de cómo podría conceptualizarse desde una perspectiva conductual. Se discuten las principales contribuciones del análisis experimental de la conducta y se comparan con las de los más importantes enfoques teóricos sobre la conciencia. Los primeros apartados se centran en los aspectos teóricos y empíricos relacionados con el concepto de conciencia. Los siguientes apartados versan sobre una epistemología conductual en medio de las perspectivas fenomenológica, cognoscitiva y biológica, así como algunos desarrollos en el campo del análisis de la conducta (p. ej., conducta verbal, conducta gobernada por reglas y control del estímulo), que se constituyen en alternativas a los recuentos mentalistas. Se concluye que la conciencia, desde una perspectiva comportamental, debe entenderse como conducta consciente y no como un concepto para explicar el comportamiento en sí.

Palabras clave: conciencia, conductismo, análisis conductual, psicología experimental, psicología cognoscitiva, ciencias cognoscitivas, neurociencias.

Abstract. This paper presents an overview of the study of consciousness and how it may be viewed from a behavioral standpoint. Behavior analysis' main contributions are discussed and compared with the other major approaches to consciousness. The first sections focus on the conceptual and empirical issues associated with the concept of consciousness. The next sections are devoted to discussing a behavioral epistemology in the midst of the phenomenal, cognitive, and biological perspectives, as well as some developments in the field of behavior analysis (e.g., verbal behavior, rule-governed behavior, stimulus control) that constitute an alternative to mentalistic explanations. It is concluded that consciousness, from a behavioral perspective, should be conceptualized as conscious behavior, and not as an explanatory term for behavior.

Key Words: Consciousness, behaviorism, behavior analysis, experimental psychology, cognitive psychology, cognitive science, neuroscience.

(*) Dirección postal: 3022-1000, San José, Costa Rica. Ce: esalgado@ulacit.ac.cr

Introducción

Desde la antigüedad, los seres humanos se han preguntado sobre su lugar en el mundo. Las evidencias de que nuestros antepasados lejanos enterraban a sus muertos sugieren que estos seres “primitivos” tuvieron alguna consciencia sobre su propia naturaleza (Crick, 1994). Sin embargo, ¿podemos determinar el lugar y el momento exactos en que surgió la consciencia en la evolución de nuestra especie? Más aún, ¿de qué hablamos realmente cuando decimos que los seres humanos son conscientes? ¿Poseen otros miembros del Reino Animal este atributo que llamamos consciencia?

Por siglos, la religión, la filosofía y más tarde, la psicología, así como otras ciencias, han intentado abordar el “enigma de la consciencia”. El concepto de un alma está presente en casi todas las religiones. Se dice que un alma inmaterial, distinta del cuerpo, dicta la conducta humana. La filosofía estuvo estrechamente ligada a la tradición religiosa, tal como lo ejemplifica la explicación de Descartes sobre la relación entre mente y cuerpo (Edelman, 1992). La mente, como asiento de la razón, se equiparó con el alma, la cual caracterizaba a los humanos y los distinguía de los animales.

Cuando hablamos de consciencia, nos referimos a muchos conceptos interrelacionados. La consciencia es un concepto difícil de definir, si es que es posible del todo dar una definición (Bunge y Ardila, 1987; Chalmers, 1996). Al referirse a lo que él denomina la *consciencia psicológica*, Chalmers (1996) discute algunos procesos asociados con dicho concepto. Incluye así a la vigilia (la capacidad para procesar información de forma racional, lo cual puede tener lugar solamente cuando estamos alertas), la introspección (el propio conocimiento de los eventos mentales, internos), la reportabilidad (la capacidad de introspectar y de utilizar el lenguaje para reportar los propios eventos mentales), la auto-consciencia (la capacidad para distinguir el *self* de los otros), la atención (cuando la actividad cognoscitiva se enfoca en aspectos particulares del entorno), el control voluntario (comportarse de acuerdo con propósitos, lo cual refleja un acto de consciencia) y el conocimiento (el conocimiento de los hechos, lo cual se aproxima al uso cotidiano de la palabra consciencia).

William James concibió el pensamiento como parte de la consciencia personal (Crick, 1994). El se refirió al pensamiento como un proceso en constante cambio, sensiblemente continuo y orientado a objetos independientes. Para James, un aspecto central de la consciencia es la atención, ya que el pensamiento parece enfocarse más en ciertos objetos que en otros. Este es uno de los componentes esenciales de lo que se ha venido a denominar las “características jamesianas del pensamiento y la consciencia” (Edelman, 1992). Otra característica tiene que ver con la memoria. Crick (1994) nos refiere a un texto de Charles Richet, autor francés citado por James, quien en 1884 afirmó que la consciencia involucra las huellas que imprime sobre la mente un evento interno como el dolor.

Bunge y Ardila (1987) proponen que el problema de la consciencia tiene dos componentes: uno conceptual y otro empírico. El problema conceptual trata de la definición de la consciencia y sus procesos mentales asociados. El empírico se refiere a la generación de indicadores confiables de la consciencia. Por ejemplo, esto incluiría formas de describir cómo la consciencia se desarrolla desde la infancia y cómo cambia en función de los estímulos externos e internos.

Por lo general, se traza una distinción entre el “darse cuenta” (*awareness*) y la consciencia. Chalmers (1996) argumenta que el concepto del “darse cuenta” se relaciona con la consciencia psicológica, la cual incluye una explicación funcional (causal). Afirma que el “darse cuenta” consiste en ser capaz de dirigir la conducta sobre la base de la información externa o interna. Por ejemplo, cuando reportamos verbalmente una experiencia, nos estamos “dando cuenta” de ciertos estímulos. Chalmers señala que el “darse cuenta” no necesariamente implica la capacidad de reportar los eventos, ya que los animales pueden discriminar estímulos pero no reportarlos verbalmente.

Chalmers (1996) afirma que “la consciencia está siempre acompañada por el “darse cuenta”, pero el “darse cuenta”, como lo he descrito, no necesita estar acompañado por la consciencia” (p.28). De forma similar, Bunge y Ardila (1987) distinguen entre el “darse cuenta” y la consciencia. Ellos sugieren que el “darse cuenta” involucra la discriminación entre estímulos (externos o internos), así como la capacidad del organismo para controlar ya sea las fuentes de estimulación o sus respuestas con respecto de esos estímulos. Su definición de consciencia incluye dos procesos: el objeto de la consciencia y el pensar sobre ese objeto. Por lo tanto, para Bunge y Ardila (1987), la consciencia consiste en pensar sobre un evento mental (una percepción, un pensamiento o un recuerdo).

El propósito del presente ensayo es el de demostrar que existe una opción alternativa a las explicaciones sobre la consciencia que hacen referencia, exclusivamente, a lo que tiene lugar dentro del organismo. Tanto los recuentos cognoscitivos como neurocientíficos de la consciencia (ahora unificados en las neurociencias cognoscitivas), así como el enfoque fenomenológico, se abocan a la estructura del organismo. Su énfasis es en cómo se comportan los organismos, pero no nos dicen por qué se comportan de determinada manera (ver Rachlin, 1994). Se debe notar que Pribram (1981) describe el enfoque conductual como un intento de tratar con las causas próximas en un sentido Aristotélico. De acuerdo con Pribram, la psicología cognoscitiva estaría también buscando las causas proximales del comportamiento en las representaciones e imágenes.

Un punto interesante, en este sentido, es la propuesta de Rachlin (1994) para estudiar el comportamiento, desde una postura molar, que contrasta con la suposición de que al análisis conductual le interesan sólo las causas proximales. El conductismo molar intentaría, entonces, explicar las causas últimas, o el por qué tiene lugar el comportamiento, a partir del estudio de las categorías de conducta a lo largo del tiempo. Otros desarrollos del análisis conductual, especialmente en las áreas del control de estímulos, la conducta verbal y la conducta gobernada por reglas, podrían ayudar también a explicar lo que podríamos llamar la *conducta consciente*.

Antes de presentar estos desarrollos de la ciencia de la conducta, se hará un breve recuento del estudio de la consciencia, junto con un esbozo de las cuatro principales aproximaciones, siguiendo la propuesta de Churchland (1984). Inmediatamente después, se aclararán algunos puntos de discusión importantes, tales como la distinción entre el conductismo metodológico y el conductismo radical y cómo ésta se relaciona con la manera en que el conductismo concibe la consciencia. Se discutirán algunas de las contribuciones más relevantes del análisis conductual a la comprensión de la consciencia y se establecerán comparaciones entre el enfoque conductual y los otros enfoques.

El problema de la consciencia desde diferentes perspectivas

Como hemos visto, el concepto de la consciencia plantea un problema a la ciencia, tanto en el nivel conceptual como en el empírico. ¿Cómo podemos definir la consciencia?, ¿cuáles son las características o los componentes de la consciencia, dada la complejidad del concepto?, ¿cómo debemos proceder para estudiar la consciencia? (el problema empírico), ¿cuándo podemos decir que un organismo (humano o no-humano) es consciente?

Al distinguir entre los conceptos de *consciencia psicológica* y *consciencia fenomenológica*, Chalmers (1996) señala que el concepto psicológico no establece problemas metafísicos. Desde una explicación funcional o causal, la psicología podría estar en capacidad de explicar la consciencia en términos del “darse cuenta”, el “darse cuenta del sí mismo” (*self-awareness*) y desde los otros aspectos que ya hemos mencionado. Sin embargo, el concepto fenomenológico es más difícil de definir y consiste en lo que se denomina *el problema duro de la consciencia* (Chalmers, 1997).

El concepto fenomenológico se relaciona con la forma en que percibimos las cualidades de los objetos. Estas se denominan en su conjunto, “qualia”. Por ejemplo, los “qualia” se refieren a cómo percibimos “la rojeza del rojo” o “lo doloroso del dolor”. Este aspecto fenomenológico o experiencial de la consciencia, de acuerdo con Chalmers (1996), es el que representa un mayor reto para los científicos.

A otros, como Crick y Koch (1997), no les interesan tanto las explicaciones fenomenológicas de la consciencia. Ellos aducen que es posible brindar una explicación científica de la consciencia. Las neurociencias podrían llegar a explicar lo que ocurre en el cerebro cuando vemos un objeto rojo o cuando sentimos dolor. Por otra parte, Chalmers (1997) cuestiona esta posición, ya que trata solamente con el *problema fácil de la consciencia*; es decir, los problemas de la discriminación entre estímulos, la integración de los estímulos en el cerebro, la capacidad de los seres humanos para verbalizar estados internos y cualquier otro problema asociado con los mecanismos objetivos de la cognición. Un argumento similar fue propuesto por el filósofo Thomas Nagel, autor de un ensayo en el que se pregunta “cómo se siente ser un murciélago” (Churchland, 1995). Nagel afirma que aún si las neurociencias logran descifrar las funciones de su cerebro, nadie podría saber lo que es la consciencia desde el punto de vista del murciélago.

Pareciera que un problema central al definir la consciencia es el tipo de preguntas que los científicos deberían plantear al abordar el concepto. Algunas de estas preguntas no se hacen desde la misma perspectiva. Por ejemplo, un recuento neural de la consciencia estaría siempre incompleto desde el punto de vista fenomenológico. De igual manera, los problemas metodológicos se hacen evidentes desde otra perspectiva (p. ej., la fenomenológica). ¿Cómo procederán los científicos para estudiar los “qualia”?; ¿cuáles son los signos de la experiencia interna de una persona?. Este problema se torna asimismo relevante para el neurocientífico, ya que necesitaría instrumentos altamente precisos para encontrar los correlatos neurales de la experiencia consciente (Crick, 1994).

Aguilar (2001) ha propuesto que una aproximación al estudio de la consciencia se lleve a cabo simultáneamente desde tres “paradigmas”: el fisiológico, el comportamental y el cognoscitivo. Para ello, se asume que cada paradigma posee una metodología específica.

Este autor identifica tres niveles de consciencia (instintivo, intuitivo e intelectual) que dan lugar a diferentes experiencias subjetivas o “qualias”, todos los cuales podrían abordarse desde cada uno de los paradigmas mencionados. Así, por ejemplo, desde el punto de vista cognoscitivo se podría estudiar el “darse cuenta” (*awareness*) en el nivel instintivo, y el conocimiento simbólico en el nivel intelectual. El paradigma fisiológico daría cuenta de los niveles de consciencia, desde sus aspectos más básicos o instintivos, el tallo cerebral, hasta el más desarrollado, la neocorteza. Desde el conductual, se pasaría del estudio del reflejo (lo instintivo), pasando por la expresión facial (lo intuitivo), hasta llegar al comportamiento verbal (el nivel intelectual).

Para los científicos, el problema de la consciencia se relaciona también con los problemas que los filósofos encontraron al especular sobre él. De hecho, los filósofos contemporáneos siguen debatiendo sobre su definición. No obstante, en contraposición a las especulaciones del pasado, ahora los filósofos deben tratar con la información científica (Revonsuo, Kamppinen y Sajama, 1994). Puede que el problema de la consciencia sea además un pseudo-problema. Quizás los científicos no estén haciéndose las preguntas apropiadas. Hasta el momento, hemos considerado los puntos de vista fenomenológico y neurocientífico sobre la consciencia, pero existen igualmente otras alternativas.

Los orígenes

El estudio de la consciencia en el pensamiento Occidental, puede trazarse hasta los primeros filósofos griegos. Algunos de ellos, especialmente los llamados Pre-socráticos, asumieron una postura materialista, en el sentido de que no se refirieron a un “alma” u otra causa inmaterial de vida. El concepto de una mente separada del cuerpo fue evidente en la filosofía de Platón (sin embargo, ver Rachlin (1994) para considerar algunas interpretaciones alternativas).

Como señala Gardner (1985), la influencia de Platón continúa hasta las ciencias cognoscitivas contemporáneas. La historia de Menón, el esclavo que fue interrogado por Sócrates en torno a un problema geométrico, está todavía imbuida en las teorías representacionales de la mente (Gardner, 1985). Es como si las preguntas que los griegos se hicieran siglos atrás, continuaran sin respuesta, aunque contemos actualmente con las herramientas de la ciencia y la tecnología.

El énfasis platónico en los objetos idealizados distinguió, aparentemente, a la lógica y a la matemática como las “ciencias ideales”. Aún si nos engañan nuestros sentidos, habría siempre un sentido de exactitud en la matemática. La filosofía de Descartes se fundó sobre las mismas bases. En sus *Meditaciones*, Descartes (1637/1971) se imaginó a sí mismo sin su cuerpo. Concluyó que si él era capaz de generar tal pensamiento, podría aún estar seguro de su existencia, ya que era él quien estaba pensándolo. Por lo tanto, la razón se convertía en parte de un ser inmaterial, el alma, que tenía una naturaleza distinta de la existencia material, o el cuerpo. Esta postura dualista permanece todavía con nosotros en gran parte de las ciencias cognoscitivas y el mentalismo.

En el siglo XIX, la teoría de Darwin sobre la evolución comenzó a cambiar la forma en que los seres humanos se veían a sí mismos. Para Descartes, así como para casi todos los filósofos hasta el siglo antepasado, tan sólo los humanos poseían un alma. Los animales eran considerados como máquinas que respondían automáticamente a los estímulos (como en el concepto cartesiano del reflejo). La teoría evolucionista cuestionó esta postura, ya que tanto los humanos como los otros animales fueron colocados sobre un continuo. De acuerdo con Darwin (1872/1984), los humanos y los animales compartían no solamente aspectos estructurales, sino también conductuales, como la capacidad de expresar emociones.

El siglo XIX fue también testigo del surgimiento de la psicología como disciplina científica. La teoría de la *vis viva*, una fuerza vital que daba vida a los organismos, fue reemplazada por explicaciones mecanicistas de las funciones del sistema nervioso, principalmente con el trabajo de Herman von Helmholtz. Los psicofísicos cuestionaron la posición de Kant, según la cual la psicología no podría jamás convertirse en ciencia. Demostraron que los eventos mentales podían medirse, tal como lo hizo Donders con sus experimentos sobre cronometría mental (Posner y Raichle, 1994).

En el siglo XX, con la invención de las computadoras, los científicos empezaron a ver en esas máquinas un instrumento análogo del pensamiento humano. La revisión de Gardner (1985) sobre la historia de las ciencias cognoscitivas hace referencia a las principales influencias sobre este nuevo campo del saber. A principios del siglo XX, tuvo lugar la “revolución conductista”. John B. Watson sentenció que la psicología debía concentrarse en el estudio de la conducta, no de los eventos mentales. El incipiente conductismo rechazó los términos mentalistas, incluidos, por supuesto, la mente y la consciencia.

Los recuentos contemporáneos de la consciencia son el resultado de diversas influencias, desde la filosofía, la epistemología (la filosofía de la ciencia y el conocimiento) y la psicología. Algunos de ellos se enfocan en los aspectos experienciales de la consciencia (p. ej., qué significa para el sujeto el ser consciente). Otros enfatizan los procesos de pensamiento. Estos enfoques utilizan términos como imágenes y representaciones. Otros, por su parte, se encuentran en un nivel de análisis neurofisiológico. Otros enfoques dudan de que los conceptos de imágenes o de representaciones sean necesarios y/o apropiados para dar cuenta de lo que llamamos consciencia. En los siguientes apartados, se brindará una breve descripción de cada una de las teorías más relevantes.

El enfoque fenomenológico

La fenomenología se basa en la filosofía europea, especialmente en la filosofía de Immanuel Kant. De acuerdo con Kant, el estudio de la mente no podía proceder según los métodos de las ciencias naturales, sino que debía fundamentarse en un método distinto. Ya que Kant creía que nuestra mente construye sus propias experiencias internas sobre el mundo externo. En reazón a lo anterior, la única manera de conocernos a nosotros mismos consistía en la introspección sobre nuestra naturaleza esencial (Churchland, 1984). Durante el siglo XX, la fenomenología retoma la obra de Franz Brentano y Edmund Husserl, quienes afirmaban que el método fenomenológico no

busca causas o explicaciones, sino un análisis descriptivo, estructural, acerca de la experiencia vivida (Moss y Keen, 1981).

Por lo tanto, la aproximación fenomenológico-existencial, como se le conoce también, está interesada en la estructura de la experiencia. Como apunta Pribram (1981), “un análisis de la estructura no implica una búsqueda de las causas. La estructura tiene múltiples determinaciones y tiene muchas *razones* de ser” (p.146). La introspección es el método más frecuentemente utilizado por los fenomenólogos. Ellos buscan una forma de conocimiento que no esté contaminada por la “conceptualización objetivante” que sugiere la búsqueda de causas externas. En este sentido, el enfoque fenomenológico le otorga un lugar de privilegio al auto-conocimiento, por encima del conocimiento objetivo.

El enfoque cognoscitivo

Las ciencias cognoscitivas, de acuerdo con Gardner (1985), se caracterizan por: a) el uso de representaciones (p. ej., símbolos, esquemas, imágenes, ideas) para explicar el pensamiento humano; b) el uso de la computadora como modelo del pensamiento humano; c) el restar importancia al afecto, el contexto, la cultura y la historia, lo cual significa que la ciencia cognoscitiva aspira a explicaciones cognoscitivas “puras”, independientes del contexto; d) el fundamento en los problemas filosóficos clásicos, como el problema de la mente y el conocimiento.

El enfoque cognoscitivo ha sido llamado también *computacional*, ya que propone “un sistema de estados internos gobernados por un sistema de procedimientos computacionales... El propósito es construir un esquema de la organización funcional real del sistema nervioso humano o de los sistemas nerviosos de cualquier criatura que sea objeto de estudio” (Churchland, 1984, p.92). Aunque la mayoría de los cognoscitivistas consideran que los procesos que estudian están basados en los procesos neurales, otros aseguran que el interés prioritario consiste en el programa (el “software”), no en la estructura (el “hardware”). En este caso, sería irrelevante para las ciencias cognoscitivas el que un cerebro humano o una computadora o cualquier otro órgano llevara a cabo los procesos que denominamos pensamiento.

Esta última propuesta ha sido llamada por Edelman (1992) “funcionalismo” (un funcionalismo que rehuye del contexto y la historia). Otros cognoscitivistas se acercan a los neurocientíficos, en lo que se conoce como neurociencias cognoscitivas. Sin embargo, muchos neurocientíficos no se sienten del todo a gusto con las teorías de las representaciones y las imágenes mentales (Gardner, 1985). Aún al interior de la psicología cognoscitiva, existen discrepancias en cuanto a la naturaleza de las representaciones mentales. Un recuento interesante es la propuesta de Dennett (1992), quien cuestiona el concepto de imágenes mentales.

El enfoque biológico

El materialismo metodológico postula que las actividades cognoscitivas son, en última instancia, actividades del sistema nervioso (Churchland, 1984). Un ejemplo de tal enfoque es el trabajo de Crick y Koch (1997). La *hipótesis asombrosa*, tal como la ha llamado Crick (1994), es la noción de que

“usted, sus alegrías y sus penas, sus recuerdos y sus ambiciones, su sentido de identidad personal y libre albedrío, son de hecho nada más que el comportamiento de una vasta complejidad de células nerviosas” (p.3).

Desde una perspectiva evolucionista, Edelman (1992) enfatiza la importancia de una explicación histórica de la conciencia. Arguye que, para comprender el por qué somos conscientes, debemos primero entender los factores que han influido en la evolución del cerebro. Critica un recuento puramente funcionalista (cognoscitivo) sobre la conciencia, ya que no considera el contexto que ha moldeado las capacidades del cerebro humano desde el principio. Según Edelman (1992), la ciencia no podrá comprender la conciencia humana desde una perspectiva exclusivamente computacional. Por ello, los científicos deben primero indagar los orígenes de la conciencia en la historia evolutiva.

Un punto central en la teoría de Edelman es que las conexiones entre las neuronas son seleccionadas de la misma manera en que los organismos son seleccionados, siguiendo los principios de la selección natural (Edelman, 1992). Este recuento selectivo ha recibido el nombre de *darwinismo neural* (Edelman, 1989). El darwinismo neural es compatible con las explicaciones selectivas de la conducta. Ha venido a sustituir la posición del *argumento del diseño* (para una discusión más profunda del tema, ver Blumberg y Wasserman, 1995), según el cual la mente humana ha sido diseñada intencionalmente para dirigir la conducta de cierta forma. Nos encontramos, al contrario, ante una teoría basada en la selección, que enfatiza el desarrollo de la conducta (y las conexiones neurales), sobre la base de sus consecuencias adaptativas.

El enfoque conductual

Como lo ha señalado Baum (1994), el primer conductismo (el conductismo metodológico) estaba demasiado preocupado por la distinción entre lo objetivo y lo subjetivo. Basados en la filosofía del realismo, los conductistas metodológicos intentaron explicar la conducta en términos de lo estrictamente observable. La introspección fue rechazada como método de indagación psicológica. Los términos mentalistas fueron desterrados.

El problema del conductismo metodológico fue el no haber ni siquiera intentado estudiar los eventos privados, bajo el supuesto de que éstos eran “subjetivos”. El positivismo lógico, que establecía que todo término científico debía corresponder a nociones observacionales, ejerció una influencia importante sobre el conductismo metodológico (Churchland, 1984).

Por otra parte, el conductismo radical sí se propuso explicar los eventos privados. No se basó en el realismo, sino en el pragmatismo, que consideraba legítimos los conceptos y las explicaciones útiles para comprender los fenómenos de la naturaleza (Baum, 1994). Sin embargo, estos eventos privados no fueron considerados como causas del comportamiento. Como afirma Holland (1981), “B.F. Skinner incluye en su propio ámbito de investigación a los sentimientos, los pensamientos, las imágenes y la conciencia. Es cierto, él no considera que éstos sean conceptos explicativos, sino eventos legítimos como objetos de estudio” (p.97). En su libro “Sobre el Conductismo”, Skinner (1974) escribió:

Se podría decir del conductismo metodológico y ciertas versiones del positivismo lógico que ignoraron la consciencia, los sentimientos y los estados mentales, pero el conductismo radical no “le corta la cabeza” al organismo; no intenta “barrer debajo de la alfombra” el problema de la subjetividad; no “mantiene una metodología estrictamente conductista al tratar los reportes de la introspección meramente como conducta verbal”; y no fue concebida para “permitir que la consciencia se atrofie” (p.219).

Un análisis comportamental de la consciencia

Las explicaciones comportamentales de la consciencia se oponen al mentalismo. Tal como apunta Hocutt (1996), el conductismo contrasta con lo que él llama *cartesianismo*. Dentro del marco cartesiano, los seres humanos no interactuamos directamente con el mundo externo, sino con nuestras ideas o representaciones sobre el mundo. El cartesianismo también engloba a las doctrinas del innatismo (las ideas son innatas), el dualismo (la distinción mente-cuerpo), el racionalismo (el pensamiento consiste en razonamiento lógico), así como la noción de una mente exclusivamente humana.

El análisis conductual, basado en los principios de la selección filogenética y ontogenética, conceptualiza la consciencia como un comportamiento moldeado por la historia evolutiva y de aprendizaje. Los eventos privados, al igual que los públicos, son todos parte del mundo natural y, por lo tanto, se encuentran sujetos al escrutinio científico (Ardila, 1993). En otras palabras, el análisis conductual cuestiona la visión cartesiana de que la mente y el cuerpo responden a naturalezas distintas.

Las preocupaciones del conductismo metodológico con el realismo fue sustituida por el pragmatismo del análisis conductual. La naturaleza del realismo como alternativa epistemológica ha sido discutida por Maturana y Varela (1992) en términos de “certeza”. Los seres humanos constantemente buscamos lo que es certero (real), pero como estos autores lo proponen, nuestra respuesta a los colores no depende de las longitudes de onda (un atributo de los estímulos), sino de nuestra historia de aprendizaje. Lo mismo puede decirse de los estímulos verbales. Los significados no están en las palabras, sino en nuestras respuestas ante las palabras (Catania, 1998). A esto hay que agregarle que el contexto en que se emiten las palabras determina también el significado, tal como se ha estudiado desde el paradigma de la discriminación condicional.

Por lo tanto, un punto de partida para entender la consciencia desde una perspectiva comportamental reside en definir su epistemología; es decir, su teoría implícita sobre el conocimiento. Esta epistemología no niega la existencia de un mundo externo, ya que los organismos evolucionaron para adaptarse a las contingencias ambientales. No obstante, no se adhiere a la idea de un organismo que responde mecánicamente ante un mundo objetivo, totalmente independiente de su experiencia. En este sentido, Maturana y Varela (1992) consideran que el conocimiento (incluyendo el auto-conocimiento) es acción. El análisis conductual comparte también esta posición, ya que tanto el auto-conocimiento, como el “darse cuenta”, han sido concebidos como conductas.

Desde lo comportamental, el problema de la conciencia se relaciona con los contextos en los cuales decimos que un organismo es consciente. El significado más simple de la palabra conciencia consiste en percatarse del ambiente. Decimos que una persona está consciente cuando responde a los estímulos ambientales. Por otro lado, decimos que alguien está inconsciente cuando la persona no responde a los estímulos externos (Holland, 1981). Aún así, puede no ser suficiente decir que el ser consciente implica la sola capacidad del organismo para responder ante su ambiente. Por ejemplo, según Baum (1994), decimos que una persona “sabe o conoce algo” (y en este caso diríamos que la persona es “consciente de algo”), cuando se comporta de forma adecuada al contexto (p. ej., emite una conducta que es reforzada en presencia de estímulos discriminativos correlacionados). Por lo general, consideramos que una persona está consciente de sus acciones cuando es capaz de verbalizar las contingencias que controlan su comportamiento.

La conciencia como producto social

En el tanto que la conducta verbal es moldeada por una comunidad verbal, nuestras descripciones verbales de nuestros propios estados mentales (lo que podríamos denominar “auto-conocimiento”), son en sí un producto social (Ardila, 1993). La comunidad verbal enseña a los individuos a discriminar sus estímulos internos a través de los relatos públicos de los eventos privados (Poling, Schlinger, Starin, y Blakely, 1990). El lenguaje de los eventos privados (emociones, sentimientos, tendencias) está moldeado por el contexto social. Esto significa que el problema de la conciencia no es un problema estrictamente individual, que pueda resolverse indagando en el mundo interno de la persona, sino que involucra el contexto en el que la persona actúa.

El reporte de eventos privados reviste una importancia social. Por ejemplo, una persona que reporta sentirse triste, obtiene la ayuda y atención de los demás. La capacidad para identificar si una persona está enojada ayuda a los otros a evitar ser atacados. El problema de las descripciones de los eventos privados consiste en que, al reforzar las respuestas de los demás, no tenemos acceso al estímulo privado que experimenta el otro. Debemos basarnos únicamente en los eventos públicos (las conductas observables) que acompañan a los eventos privados (Baum, 1994; Poling et al., 1990).

Sin embargo, el problema de la conciencia tampoco se reduce a la cuestión del reporte de los eventos privados. Afirmamos que una persona es consciente de un estímulo (o de una propiedad específica de un estímulo), cuando esa persona responde no sólo verbalmente, sino también de forma no verbal en presencia del estímulo. Por ejemplo, decimos que una persona está consciente de una señal de alto cuando pisa el pedal del freno al ver la señal. De igual forma, decimos que alguien es consciente de un objeto, cuando reporta una conducta observacional (ver o escuchar) con respecto de ese objeto. Skinner (1974) se refirió a este fenómeno en términos de “ver que estamos viendo”.

Por ejemplo, una persona mira un cuadro y dice: “estoy viendo el árbol verde que está hacia la izquierda”. Enseguida decimos que la persona se percata de ese objeto específico en el cuadro (ver Poling et al., 1990, quienes ofrecen un ejemplo similar). Estas discriminaciones se enseñan a partir

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

